

CAPÍTULO I

ADIÓS, SUSANITA

La mujer nueva

Ana se acuerda de que largó todo, la pollera almidonada y al novio, ese novio que, aunque fuera el candidato para el casamiento, la aburría tremendamente. Dejó al novio y se anotó en Preparatorios (último ciclo de secundaria), se pasó a los vaqueros, a las alpargatas Rueda y se llamó «existencialista». Prende un cigarro y se ríe sola cuando lo recuerda desde el presente, dice que le da un poco de vergüenza verse comprando y armando tabaco sentada en el cordón de la vereda, esperando el ómnibus, y que su padre la encontrara así, se riera un poco de ella, le preguntara qué estaba haciendo y que también implícitamente la dejara ser. Todo eso pasó después de que llegó a sus manos la biografía de Simone de Beauvoir, *Memorias de una joven formal* (1958), que la hizo despegarse y descubrir que ese mundo existía. Más tarde se aburrió de su trabajo de secretaria, se

fue a la fábrica, militó sindicalmente, pasó a la clandestinidad, se exilió y retornó al Uruguay en 1985, donde participó activamente en una organización feminista.

Como esta, hay muchas historias de aquellas mujeres que se incorporaron al feminismo en los ochenta. La de Ana muestra algunas características comunes de quienes realizaron este proceso. Para empezar, en los ochenta tenían una edad que rondaba los treinta y cinco, algunas eran un poco menores o un poco mayores, pero en su mayoría habían realizado su tránsito a la adultez en el pasado inmediato o en el contexto de la salida de la dictadura. Muchas habían tenido hijos muy jóvenes, por lo que debían hacerse cargo de niños, aunque no de bebés. Eran, en su amplia mayoría, heterosexuales y tenían pareja estable, aunque algunas ya comenzaban a transitar por sus primeras separaciones o divorcios, que también eran un nuevo tipo de inauguración en el linaje familiar.

Sus trayectorias profesionales o laborales igualaban o superaban a las de sus madres, quienes las habían impulsado desde jóvenes a prepararse para el mercado laboral estudiando idiomas y dactilografía, e ingresando luego en el nivel terciario. Contaban con un nivel socioeducativo y cultural relativamente alto; muchas eran hijas de padres profesionales, y si provenían de familias trabajadoras sus hogares se habían caracterizado por una constante preocupación intelectual anclada en la lectura.

Algunas pocas ya eran hijas de madres un poco más transgresoras que las de sus congéneres, «mujeres que se desalineaban», dice Laura, intelectuales o profesionales, que eran el sostén económico del hogar o el segundo ingreso. La mayoría eran hijas de amas de casa, que igualmente habían dado algunas señales de emancipación, tenían voz propia en la mesa, eran lectoras, discutidoras y habían realizado ciertos actos de microrresistencias en el espacio doméstico, que hoy son especialmente recordados, como «el decreto» de la madre de Jimena, quien, luego de haber leído a Simone de Beauvoir, decidió «no cocinar más los domingos». Muchas madres cosían «para afuera» o como entretenimiento y se transformaban en aliadas para intervenir el cuerpo femenino hacia la nueva moda juvenil.

Por su parte, los padres también eran «distintos», algunos lavaban los platos, no «levantaban la voz» a sus esposas y cumplieron un rol fundamental en el camino hacia la emancipación de las jóvenes. Muchas eran hijas de hombres que, aunque quisieran verlas casadas, las impulsaban a estudiar, a «tener opiniones», a discutir sobre política y a conseguir ciertos grados de autonomía. Tamara recuerda que su padre le decía de forma reiterada que jamás tomara una Coca-Cola si no se la iba a poder pagar. Helena fue la única de tres hermanos que asistió al Instituto Crandon, una medida especial tomada por su padre para «compensar las desventajas» de su condición de mujer en el mer-

cado laboral, y que dio sus frutos rápidamente cuando al egresar sabiendo inglés, secretariado y administración consiguió trabajo de inmediato y pudo contar con su propio dinero.

Estas jóvenes fueron hijas de una generación que ya manifestaba signos de cambio, a la vez que agenciaron ellas mismas su autonomía traspasando los límites familiares establecidos. Una nueva generación de mujeres se inscribió en Preparatorios rumbo a la Universidad o se formó en Magisterio, instancias que significaron la extensión de los horarios y espacios de circulación lejos de la mirada familiar y por tanto el pasaje a una juventud más autónoma. Así comenzó a instalarse un nuevo horizonte de expectativas que impugnaba el modelo de la domesticidad, es decir de la mujer ama de casa, y en contraposición surgió la imagen de la mujer «moderna», «independiente», «rebelde» y «emancipada».

Mafalda, el personaje protagónico del caricaturista argentino Quino, que circuló ampliamente entre la clase media urbana montevideana, desplegó un mensaje que abría otros caminos posibles para las trayectorias de las mujeres. Como señala Isabella Cosse: «Mafalda expresaba la existencia de una nueva generación femenina para la cual jugar a limpiar, lavar, planchar, coser y preparar “cosas ricas” era una invitación a repetir la mediocridad de sus madres» (2009: 176). Durante los sesenta uruguayos varias jóvenes

contestaron el mandato virginal, escondieron pastillas para que no fueran encontradas por padres y hermanos, se practicaron abortos muy jóvenes o fueron madres sin haberse casado (De Giorgi, 2015b). Aquellas que se casaron, incluso por Iglesia, no perdieron la oportunidad de cometer algunos actos irreverentes, avanzar hacia el altar con una minifalda de crochet y negarse a ser «entregada» por el padre como decidió Virginia, o casarse con el cura Monzón que luego de la ceremonia «se subió a su motoneta y se fue a una manifestación, espantando a toda la familia tan conservadora y pituca» como recuerda Iris.

Esta subjetividad se vio aún más interpelada e intervenida en el marco de las experiencias militantes en el campo de la izquierda. Ser mujer, joven y militante implicó un hito inaugural en un largo proceso emancipatorio. El ingreso al mundo militante significó aún más un alejamiento del círculo familiar. Las movilizaciones callejeras, las asambleas estudiantiles nocturnas, las ocupaciones de los centros educativos, los campamentos y luego la militancia clandestina se constituyeron como espacios autonómicos propios, donde la familia perdía terreno y las jóvenes adquirirían cierta libertad.

En el terreno de la sexualidad las militancias habilitaron otras experiencias en relación a la administración del deseo y las relaciones interpersonales que fueron especialmente significativas para las mujeres, porque fueron ellas

quienes realizaron las mayores transgresiones de género. Este proceso fue el resultado de las nuevas formas de sociabilidad, que surgieron alejadas del mundo adulto, más que de una apuesta expresa orientada a la liberación sexual y a su posterior reflexión o politización (Markarian, 2012: 132). No hubo una politización de lo íntimo o lo personal, pero sí nuevas experiencias inspiradas en nuevos modelos, entre ellos el de la «pareja militante» unida por el amor y un proyecto político, una apuesta que sería retomada por el feminismo años después.

La figura del hombre nuevo permitía pensar la posibilidad de construir otro tipo de personas y relaciones interpersonales. La revolución no solo pasaba por la toma del poder, sino por una transformación subjetiva hacia un verdadero proceso emancipatorio y liberador que permitiera pasar de una vida enajenada a una auténtica. Este último llamado fue especialmente atractivo para las jóvenes que deseaban tomar distancia justamente de esa vida doméstica enajenada. El hombre nuevo abrió una brecha por la que se coló una necesidad de ruptura que rebasó aquella idea emancipatoria pensada solo para los hombres.

Una generación de mujeres militantes vio la posibilidad de emanciparse de su futuro predestinado como «señora de», se distanciaron de sus tradiciones familiares y aprendieron, como dicen ellas, a «tener ideas propias» y ocupar otros lugares porque justamente se trataba de escapar de

los tradicionales espacios femeninos, como recuerda Teresa, aunque lo hicieran con modelos masculinos:

Todos conocíamos eso de las grandes organizaciones mundiales [se refiere a la Federación Democrática Internacional de Mujeres (FDIM)], pero nosotros no queríamos eso, eso era de las viejas [...]. Nosotros queríamos ser el Che Guevara, no eso; queríamos ser igual a los compañeros, no queríamos ser las mujeres, no queríamos ser las mujeres de. Eso, las mujeres institucionales, eran las viejas que hacían eso. Nosotras no queríamos, queríamos ser revolucionarias, armas, lucha clandestina. Nuestros modelos eran hombres [...] Si vos preguntabas «¿Vos a dónde querés ir, a la FDIM o a la Sierra Maestra?», no, yo a la Sierra Maestra, ahí está la libertad, allá no.

No hay dudas de que el escape del espacio doméstico o de los lugares tradicionales de las mujeres se realizó a través de la adopción de prácticas y valores que hacían al mundo de lo público y, por tanto, de lo masculino (Aldrighi, 2009; Cardozo, 2010; De Giorgi, 2011). Coraje, valentía y sacrificio conforman el repertorio de valores mediante los cuales se midió la «entrega» de las mujeres. Mujeres que, como todas, habían recibido una educación emocional orientada hacia otro registro, no el del coraje sino de la vulnerabilidad. Sin embargo, aun con este proceso que muchas veces no suele considerarse realmente emancipa-

dor, las militantes se transformaron y representaron como «mujeres distintas». Todavía sin un discurso que permitiera dar cuenta de la invisibilización de las mujeres, que las convocara explícitamente o que atendiera a la desigual condición de género, las jóvenes igualmente percibían las diferencias entre hombres y mujeres, así como los riesgos que comportaba ocupar la categoría mujer, es decir, permanecer en el absoluto anonimato, como les sucedía a las esposas de los grandes dirigentes políticos:

No lo pensé [la condición de mujer y militante], pero lo que sí nos dábamos cuenta era de que la mujer de Arismendi, la madre de Marina, no militaban; haría algo pero, ta; que la mujer de Valenti, la primera esposa nunca la conocimos, y eso sí lo comentábamos, no tengo muy claro qué comentábamos, pero era claramente la retaguardia, la señora de Altesor nunca militó en política, tenía que hacer las cosas de la casa, una mujer con varios hijos tenía que trapear; la mujer de Jaime Pérez... eso, o sea; esas mujeres no existían. (Mónica).

La revolución, en sentido amplio, pasaba por orientarse hacia otros modelos de feminidad o directamente suspenderla para ser el Che Guevara. Esta microrrevolución no fue solo a nivel de los imaginarios y de las expectativas, también se expresó en prácticas concretas que interpelaron especialmente a las mujeres. El mundo de lo público im-

plicó la adquisición de ciertas destrezas para participar y tener voz pública, que se constituyeron en un hito de sus trayectorias político-personales. El archivo de la memoria está conformado por imágenes que las protagonistas recuerdan al detalle y que permiten visitar un momento de emancipación. Ellas, al día de hoy, recuerdan con exactitud el momento en que se pararon arriba de un banco, de una mesa o de la escalera de una institución educativa y hablaron al público (y las escucharon), porque, como señala María, esta era una de las pruebas más importantes: «Cuando te parabas arriba de unos bancos y eras capaz de hablar en una asamblea, ahí la cosa cambiaba».

Ellas incorporaron modos de intervenir en lo público (en un registro masculinizado), pero también su sola presencia daba cuenta de lo difícil que era tal desafío (Oberti, 2015: 75). En los mismos espacios militantes que habilitaban ciertas trasgresiones de género, las jóvenes recibían un trato especial de sus propios compañeros en tanto mujeres cuando frenaban su participación en las pegatinas, las sancionaban moralmente por conductas «promiscuas» o las protegían. Teresa recuerda exactamente el día que un compañero le señaló que por ser mujer no podía tener «tantos novios» y Paula siente aún hoy la rabia de aquel día en que su novio la sacó de una manifestación con el objetivo de protegerla, la dejó afuera del vallado -léase afuera del mundo- y regresó él solo. Para ella esto significó «la tumba

de la relación» y algo que se dispuso a no tolerar a futuro porque, como señala Andújar, justamente lo último que querían era «ser reenviadas a un mundo femenino» (2009: 163). En aquel momento su condición generizada quedaba al descubierto, cuando los varones compañeros del proyecto igualitario tomaban decisiones por ellas. Sin muchos conceptos disponibles en aquel entonces, aquellas jóvenes se daban cuenta de que su experiencia en tanto mujeres era distinta a la de sus compañeros varones.

Todas las energías puestas en construir otra subjetividad no pequeñoburguesa evidencian que el de lo personal también fue, de alguna manera, un terreno político, aunque en modo alguno se le reconociera este estatus. La preeminencia de la Política y la Revolución, las experiencias concretas en los procesos de movilización política y las visitas a ese pasado militante desde miradas críticas, contribuyeron a no considerar como algo central la apuesta de la izquierda por la subjetividad, o a considerarla solo en sus versiones más instrumentalizadoras y conservadoras.

Los aportes de Trebisacce (2010, 2011) sobre el caso argentino son casi una excepción de este registro, al señalar cómo la doctrina guevarista implicó un trabajo militante sobre otro terreno de la política y cómo, a pesar de estar dominadas por lógicas masculinas y controladas las decisiones por los dirigentes varones, fueron las izquierdas las que concedieron espacios para la participación de las mu-

jeros, inusuales hasta el momento, y sobre todo generaron expectativas.

Esto también sucedió en el campo de las izquierdas uruguayas, apuestas que ofrecieron oportunidades concretas para ciertas transgresiones y que ampliaron el horizonte de expectativas, de allí la indignación que provocaba cada límite que los compañeros trazaron sobre las jóvenes y que dejaba al descubierto su condición subordinada. En los devenires feministas de muchas aquellos límites impuestos probablemente nutrieron un repertorio de «residuos de insatisfacción» (Costa, 1988).

No conocemos en qué medida aquellas militancias y revoluciones podrían haber sido fundamentales para la emancipación de las mujeres, porque el terrorismo de Estado justamente interrumpió este proceso. Un proyecto destinado a derrotar todo tipo de revoluciones políticas, sociales, sexuales y culturales en una apuesta que algunas autoras han calificado como «antifeminista» (Pedro, 2010: 117). Las dictaduras llegaron con un extremo tono conservador defendiendo el rol de la mujer madre (Filc, 1997) y en Uruguay Juan María Bordaberry, con su familia nuclear modélica y su discurso sobre la Conferencia Mundial de la Mujer en 1975 como un evento desestabilizador del orden familiar, es un claro ejemplo de ello («Uruguay ante la declaración de la ONU. El discurso presidencial», *El País*, N° 105, 29/07/1975).

Durante el terrorismo de Estado las jóvenes que habían iniciado un proceso de emancipación en los sesenta se vieron ante otras condiciones políticas. Enfrentaron directa o indirectamente el terror y disciplinamiento de la dictadura y, también, atravesaron una experiencia vital en la que comenzaron a pensar y sentir aun más su condición como mujeres. El exilio, el insilio y la cárcel interpelaron a las jóvenes de diversos modos, pero todas atravesaron un proceso de autopercepción y reconocerse como mujeres, mientras visualizaban que esa figura de militante a la que se habían acogido o que era una referencia general para la participación social y política había sido construida bajo parámetros masculinos.

Descubrirse mujer

Las dictaduras desarmaron organizaciones políticas, pusieron en suspenso o derrotaron proyectos revolucionarios, y en ese proceso quienes integraban los distintos colectivos políticos elaboraron de diversas formas una reflexión política sobre aquellas apuestas a las que tanto habían entregado su energía y su vida. Una «vuelta al yo», como señala Matilde Ollier (2009: 125), tuvo lugar en esa circunstancia en la que la introspección y reflexión político-personal se dio en tantos militantes. En el caso de las